

SEÑOR DEL MONCAYO

Fermín Moreno González

*De las cumbres del Moncayo
bajará el Cipotegato
con todica la solana
a comerse tus marranos.
Si lo vieras no te metas
no me seas insensato
que te sacará los ojos
y te cortará las manos.
Inesica vente al monte
a verte debajo el sayo,
no quiere la condenada
le tiene miedo al Moncayo.*

Jota del Cipotegato

Zaragoza, 12 de enero de 2020

Querida Eva:

Quiero pensar que algún día leerás esto, que mis cartas no irán a parar a la basura. Quiero pensarlo porque no tengo muchas más opciones y porque escribirte me mantiene vivo. Ya no hay muchas cosas que me den esperanza, desde que... bueno, ya sabes.

Se hace duro vivir solo. Me siento viejo; bueno, soy viejo. Va siendo hora de aceptarlo.

Me duele la espalda y mi vista ya no es lo que era. Demasiados libros, demasiados sueños de papel, demasiados exámenes corregidos.

El clima aquí ha cambiado de forma radical en tan solo unos pocos años. Quién lo hubiera dicho. También parece reírse de mí, expulsarme lenta e inexorablemente.

Sigo viviendo en Espoz y Mina, el piso es de renta antigua y eso es lo que me salva... apenas. Me echaron del colegio hace año y medio, en junio, aunque no me avisaron hasta septiembre. No es que hiciera nada mal, querían savia nueva, nada más. Alguien menos crítico con la Última Llamada. Eso yo no podía hacerlo.

Han sido casi treinta años allí, lo echo de menos. Nunca pudimos ahorrar mucho, por culpa de mis operaciones, así que estoy agotando el paro por primera vez. Qué ironía, tu madre siempre fue mucho más fuerte y mira... No sé cómo lo voy a hacer,

aún me faltan cinco años para la jubilación. Ni siquiera sé si llegaré a los setenta, a este paso.

De noviembre a marzo, el Ebro se desborda y llega hasta el principio de Predicadores, y hasta la Avenida de Ranillas por la margen izquierda. Desde casa puedo ver el agua anegando los bajos. Me he salvado por los pelos. La gente acude en peregrinación hasta el Pilar en barcazas de color blanco, muy bien cuidadas. Pagando un extra, se puede entrar en la catedral y recorrerla en la barca. Lo hice una vez, pero ya no puedo permitírmelo. El interior sigue siendo imponente, y verlo semiinundado le confiere de alguna forma una mayor majestuosidad. Lo malo es que todas las tiendas de recuerdos y restaurantes de la plaza han desaparecido, y los edificios en ruinas y el olor a alcantarilla afean mucho el paseo. Y las ratas de agua. Hasta serpientes he visto, enroscadas en los salientes del antiguo edificio del ayuntamiento por encima del agua. Recuerdo que la gente se quejó en su momento, pero está visto que tuvieron suerte al trasladarse.

Llevo ya unos meses tratando de ganarme el sustento en la calle, como cuentacuentos. Estoy en el tramo de la calle Alfonso que permanece seco todo el año, con el Pilar al fondo, así que apenas tengo que alejarme de casa. Me he hecho amigo de varios vendedores de falsificaciones: yo les enseño castellano y ellos me dicen dónde conseguir comida. Al principio se les hacía raro ver a alguien tan mayor buscándose la vida en la calle, pero solo al principio. Muchas veces acudimos juntos a comer a la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, y al albergue municipal durante los meses en que las aguas no cubren la entrada. Es el único edificio de la zona de inundación en funcionamiento durante los meses secos. No sé lo que haremos si al final les da por cerrarlo.

He descubierto que tengo aptitudes para mi nuevo oficio. Yo que creía que solo servía para adormilar jóvenes administrándoles amablemente los clásicos por vía oral. Tampoco es que gane mucho, pero me he ido acostumbrando a ser espartano y a concentrarme dentro de mí mismo todo lo que puedo. A veces siento como si tuviera un exoesqueleto, como los insectos.

Recito de memoria poemas de Quevedo, Espronceda, el romancero viejo. Exprimo los textos del bueno de Bécquer, dándoles una pequeña vuelta de tuerca. Una concesión a los gustos del público. Buena parte de este parece creer que lo que cuento es verdad, y si creer eso los hace felices, no soy quién para contradecirles. Quizá no debería extrañarme. Oslo cubierta por glaciares, osos polares en Alemania, caribúes en los Alpes suizos, zorros blancos en el Pirineo. Vivimos en tiempo de leyendas.

¿Qué tal está Laurita? Tiene que estar ya muy crecida. Dile que su abuelo la quiere mucho, por favor.

Cuídate mucho y escíbeme.

Tu padre.

Antonio se despertó pronto. El frío y su columna cooperaban para tenerlo consciente cuanto antes, como si se tratase de algo personal. Envarado, incapaz de levantarse de inmediato, permaneció boca arriba sobre el colchón, como un Jesucristo perezoso.

Diez minutos más tarde, helado, a punto de castañetear los dientes, se alzó como pudo y se puso la bata sobre el pijama. Hizo algunos movimientos con el cuello y los brazos para entrar en calor. No se molestó en buscar en la cocina algo que no iba a encontrar. Seguro que Hassan tendría algo que darle para echarse a la boca.

Cogió su caballete y las grandes láminas pintadas con lápices de colores y bajó los dos tramos de escaleras hasta la calle entre gruñidos de dolor.

Tardó en darse cuenta de que se había dejado los mitones en el piso. No es que fueran gran cosa, pero iba a echarlos de menos. No podía arriesgarse a sufrir otro ataque de lumbago volviendo a subir y bajar los escalones; al menos no hasta que cayera la tarde y volviera a casa habiendo comido algo.

Dobló a la izquierda por la calle Alfonso y ocupó su lugar en la puerta de la academia de oposiciones. Era un buen sitio: llevaba cerrada dos años, por lo que no debía preocuparse de que le echaran de allí, y estaba justo enfrente de la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar.

Aún no había nadie más, pero sus compañeros no tardarían en extender sus mantas de placebos para pobres.

No tardó en llegar Hassan, maldiciendo.

—¡El cerdo! ¡No deja allí! ¡Yo no puedo allí dice!

Al dueño de La Parisiën no le gustaban los vendedores ambulantes en su entrada. Las ventas de mantones de Manila de cinco mil euros se resentían ante los bolsos Vuitton de doce con cincuenta. Hassan, sin embargo, seguía intentándolo con la obstinación del que no tiene nada que perder.

—No pasa nada, Hassan, seguro que aquí te compran también —le tranquilizó Antonio, mientras despliega su caballete con dedos ateridos.

Hassan refunfuñó, masculló algo en árabe, dejó su manta preñada en el suelo sin ceremonias y ayudó a Antonio con el caballete.

Al volante de la autocaravana, Bodgan piensa. De vez en cuando busca en el retrovisor derecho la enorme silueta del camión de mercancías que conduce Dorin. Las cosas en Barcelona les estaban yendo bien, hasta que intervinieron aquellos santones de la Última Llamada y tuvieron que irse por piernas hasta los vehículos. Y eso gracias a que las Hienas les habían dado tiempo. Dios abomina de los monstruos, les gritaban cuchillos en mano. Probablemente era así, se dijo Bodgan. Pero a la gente le gustaban. Siempre le habían gustado. Al menos desde que el viejo Dragosi era el jefe y él un chiquillo que robaba sorbos de vino cuando aquel se adormilaba. A la gente le gustaban las rarezas, le otorgaban una enorme, indescriptible sensación de orgullo que bien valía el precio de la entrada a la carpa y les ahorraba la visita a un psicólogo. Farsantes con sus chácharas sobre el desarrollo personal del individuo. Uno se realiza viendo a otros que están peor que él, mucho peor a poder ser. Unas orejas de soplillo se compensan viendo a un aborto de dos cabezas, se dijo. Al menos hasta la próxima visita del circo. Incluso los monstruos del Circo Bodgan

funcionaban así, estableciendo una rígida jerarquía destinada a sentirse mejor contemplando desde arriba al inmediatamente inferior. Así todo iba bien. Él hacía lo mismo con Ileana. A veces Bodgan se preguntaba cómo hacía el Engendro para sentirse mejor.

Decidió no probar suerte en Zaragoza e intentarlo en pueblos, donde la Última Llamada no tuviese tantos seguidores. Sin soltar el volante con la zurda, cogió el móvil del asiento del copiloto y llamó a Dorin.

En su estancia privada del monasterio de Veruela, sentado cómodamente en un sillón antiguo de cuero labrado, el Hierofante escuchaba con atención al Acólito, entre divertido y circunspecto.

—Os digo que los creyentes están incómodos con la retirada de los signos cristianos del refectorio, sumo Hierofante —informó el joven, volviendo la cabeza a uno y otro lado.

—Puedes dejar los formulismos del otro lado de esta puerta. Estamos solos, Carlos.

—Sí, sumo Hier...

—Jorge.

—Jorge...

—Ahora ve y tráeme lo que te he pedido.

El Acólito salió en dirección a los dormitorios, trastabillando.

Los fieles tenían que irse acostumbrando a la supresión de la iconografía cristiana, en la medida de lo posible, se dijo Jorge. Órdenes del mismísimo Cultrario Máximo desde la Sagrada Familia. Pronto tendrían más seguidores que el culto católico en la mitad norte de España. Pero el sincretismo de la Última Llamada solo funcionaría si lo contenían, lo enclaustraban, lo podaban y vigilaban con esmero, como un bonsái. Una vida pasada y un karma en plan budista para explicar la lastimera vida actual, un politeísmo estilo hinduista, hecho a medida, un cielo lujurioso para los hombres a lo musulmán, otro cielo etéreo para las mujeres, debidamente separadas de estos, y una vida espartana y entregada al culto para alcanzarlo todo. Daba igual que se tratara de un amasijo de contradicciones, estaba funcionando de maravilla. Con un sesenta y cinco por ciento de fracaso escolar en secundaria, el auge de los horóscopos, el hundimiento del sistema sanitario y la pobreza y desempleo reinantes, el terreno estaba abonado para cualquiera que se pusiera a sembrarlo.

Eva trataba de conciliar el sueño sin éxito en el dormitorio común femenino del monasterio. Cada día que pasaba, pensaba más en su ex esposo Alberto y en su hija Laura. En cómo los había abandonado en pos de la salvación de la Última Llamada. En que quizá no era digna de salvarse. Entonces recordaba las palabras amables de Nodens, su dios personal, el de todos los Tauro con ascendente Virgo, y se tranquilizaba un poco.